

Una nueva Bildung para una nueva Aufklärung. El proyecto filosófico del primer Fichte

María Jimena Solé

Abstract – *The paper explores the connection between the Enlightenment project (Aufklärung) and the concept of education (Bildung, Erziehung), as Fichte understands and develops them in his early writings. The first part of the paper shows that in the Zurückforderung der Denkfreiheit (1793), it is thanks to this connection that the right to express oneself without hindrance and without limit is inalienable. The free exchange of ideas is the source of education, which is the path to Enlightenment. The second part, based on an analysis of Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten (1794), shows that communication is understood as reciprocal action between rational beings and as the social impulse itself. Thus, in the social sphere, communication becomes education and Enlightenment. This progress must be guarded and encouraged by the wise man, consecrated as the educator of humanity. The last part proposes an analysis of the link between the task of the educator and the task of philosophy, as Fichte understood it in his early years in Jena.*

Resumen – *La propuesta de este artículo es poner en evidencia el vínculo existente entre el proyecto de la ilustración (Aufklärung) y el concepto de educación (que engloba tanto el concepto de Bildung como el de Erziehung), tal como Fichte los entiende y desarrolla en sus primeros escritos publicados, antes de la polémica del ateísmo. Para probar esta hipótesis, abordaré en primer lugar el discurso Zurückforderung der Denkfreiheit, para analizar cómo desarrolla Fichte allí los conceptos de ilustración, educación y comunicación, así como el vínculo que establece entre ellos. En segundo lugar, me concentraré en las Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten. Mi objetivo en esta sección es poner en evidencia que la comunicación es ahora presentada como acción recíproca entre seres racionales y, en definitiva, como el impulso social mismo. Así, la comunicación se revela como clave en la realización de la vocación del hombre, en el ámbito social se transforma en educación y también en ilustración, cuyo avance debe ser custodiado y fomentado por el sabio, que se consagra como el educador de la humanidad. Finalmente, en tercer lugar, me propongo poner en evidencia que Fichte mismo pretende encarnar ese papel del sabio al enseñar su Doctrina de la ciencia. Para ello, haré referencia a algunos pasajes de las principales obras del período de Jena, en las que su concepción de la comunicación y la educación se ponen en práctica. Mi objetivo en esta tercera parte es explicitar el vínculo entre la tarea del educador (ligada al proyecto de la ilustración) y la tarea de la filosofía, tal como Fichte la entiende en sus primeros años en Jena.*

Keywords – Enlightenment, Education, Communication, Philosophy

María Jimena Solé is currently a Researcher at the Argentinean National Scientific and Technical Research Council (CONICET) and teaches Modern Philosophy in the Philosophy Faculty at the University of Buenos Aires (UBA). Her areas of interest are the History of Modern Philosophy, the development of Spinozism, the debates of the Enlightenment and the emergence of German Idealism. She coordinates the Research Group on Idealism and the Research Group on Spinoza and Spinozism (Institute of Philosophy, UBA). She is a member of the editorial board of the academic journal *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*. Among her publications, the following are the most relevant: *Spinoza en Alemania (1670-1789)*. *Historia de la santificación de un filósofo maldito* (2011); *El ocaso de la Ilustración. La Polémica del Spinozismo* (2013); *¿Qué es ilustración? El debate en Alemania a finales del siglo XVIII* (2018). She is a founding member of the *Asociación Latinoamericana de Estudios sobre Fichte (ALEF)*. Since 2018 she is part of the Board of the *Internationale Fichte Gesellschaft (IFG)*.

El vínculo de Fichte con la *Aufklärung* (Ilustración) es complejo y refleja, en gran medida, la profunda crisis que atravesaba el movimiento ilustrado en el territorio alemán en el cambio de siglo.¹ Sin embargo, es claro que en sus primeras publicaciones, aparecidas durante los últimos años del siglo XVIII, Fichte adhiere a los ideales de la ilustración. En efecto, su *Reivindicación de la libertad de pensamiento (Zurückforderung der Denkfreiheit von den Fürsten Europas, die sie bisher unterdrückten. Eine Rede)* de 1793, contiene una defensa explícita de la Ilustración, entendida en el horizonte amplio de la definición que Kant había ofrecido en su famoso artículo de 1784, como el despliegue de todas las facultades espirituales del ser humano, como el proceso que conduce a una emancipación de la coacción exterior y podía resumirse en el llamamiento a *pensar por uno mismo*.² Al igual que para muchos otros pensadores alemanes de la época, Fichte veía en la formación, en la educación, el vehículo principal para impulsar el proceso de ilustración.

El objetivo de este artículo es examinar de qué manera Fichte entiende el proyecto de la *Aufklärung* y cómo lo conecta con el concepto de educación (que engloba tanto el concepto de *Bildung* como el de *Erziehung*) en sus primeros escritos publicados. Mi propuesta consiste en mostrar que, en el contexto de la herencia kantiana, Fichte presenta una concepción novedosa de la ilustración³ y, por lo tanto, también de la comunicación y la educación. Para poner esto en evidencia, abordaré (1) en primer lugar la *Reivindicación de la libertad de pensamiento*, para analizar cómo desarrolla Fichte allí los conceptos de ilustración, educación y comunicación, así como el vínculo que establece entre ellos. Mi objetivo en este primer punto es mostrar que el derecho a expresarse sin trabas y sin límites es inalienable en virtud de esa conexión. El libre intercambio de ideas es la fuente de la educación o formación, que es la vía hacia la ilustración. (2) En segundo lugar, me concentraré en *Algunas lecciones sobre el destino del sabio (Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten)*, donde se complejiza la concepción fichteana de la ilustración, educación y comunicación, al introducir la cuestión de la función social del estamento de los sabios o eruditos, es decir, aquellas personas que poseen estudios universitarios. Mi objetivo en esta sección es poner en evidencia que la comunicación es presentada allí como acción recíproca entre seres

¹ Ives Radrizzani ofrece una reconstrucción de los diferentes sentidos que adquiere el término ilustración en los escritos de Fichte para poner en evidencia la crisis de este término y el modo en que Fichte se posiciona al respecto. Cf. I. Radrizzani, *Die Wissenschaftslehre und die Aufklärung*, en C. De Pascale et al. (Hg.), *Fichte und die Aufklärung*, Hildesheim-Zürich-New York, Olms, 2004, pp. 79-93.

² Acerca de las similitudes y diferencias entre la comprensión kantiana de la ilustración y la fichteana, puede consultarse G. Zöller, *Kant, Fichte und die Aufklärung*, en C. De Pascale et al. (Hg.), *Fichte und die Aufklärung*, cit., pp. 35-52.

³ A partir de aquí, opto por traducir la palabra alemana *Aufklärung* por ilustración con minúscula, ya que no me refiero a la "Ilustración", nombre propio de una época histórica, sino a la noción de "ilustración" entendida como proyecto intelectual, filosófico, político, etcétera, por cuyo sentido se preguntan los propios ilustrados (incluido Fichte).

racionales y, en definitiva, como el impulso social mismo. Así, la comunicación se revela central en la realización de la vocación del hombre. En el ámbito social ella se transforma en educación y también en ilustración, cuyo avance debe ser custodiado y fomentado por el sabio, que se consagra como el *educador* de la humanidad. Finalmente, (3) en tercer lugar, me propongo poner en evidencia que Fichte mismo pretende encarnar el papel del sabio al enseñar su Doctrina de la ciencia. Para ello, haré referencia a algunos pasajes de las principales obras del período de Jena, en las que su concepción de la comunicación y la educación se ponen en práctica. Mi objetivo en esta tercera parte es explicitar el vínculo entre la tarea del educador (ligada al proyecto de la ilustración) y la tarea de la filosofía, tal como Fichte la entiende en sus primeros años en Jena.

1. Ilustración, comunicación, educación

La defensa de la ilustración, que requiere libertad de pensamiento y expresión, que Fichte despliega en su *Reivindicación* se fundamenta en su concepción del ser humano como depositario de ciertos derechos inalienables. El ser humano, dice Fichte, no es un objeto, no puede ser propiedad de nadie, no puede ser comprado, ni vendido, ni regalado “porque es propiedad de sí mismo y debe permanecer propiedad de sí mismo”.⁴ La conciencia moral (*Gewissen*) es como una “chispa divina”, escribe Fichte, que transforma al ser humano en ciudadano del mundo suprasensible, que le ordena de manera absoluta e incondicional querer determinadas cosas y no querer otras, *libremente* a partir de un movimiento que le es propio. Por eso, concluye, nada externo puede coaccionarlo. Esta ley interior es “su única ley”⁵ y únicamente ella puede gobernarlo.

El ser humano tiene un derecho *inalienable* a las acciones que esta ley moral exige y a las condiciones necesarias para realizarlas. A las acciones que esta ley meramente permite, en cambio, puede renunciar voluntariamente, tiene un derecho *alienable*. Toda sociedad civil se basa en un contrato mediante el cual los individuos ceden algunos de sus derechos alienables. De esta manera, la ley civil no coacciona a los ciudadanos, sino que es válida porque ellos la aceptan voluntariamente. “No puedo dejarme coaccionar por ninguna ley, sin que ello implique renunciar a la humanidad, a la personalidad y a la libertad”,⁶ escribe Fichte.

⁴ Cito las obras de Fichte según la edición crítica: J.G. Fichte, *Gesamtausgabe der Bayerischen Akademie der Wissenschaften*, hg. R. Lauth *et al.*, Stuttgart-Bad Cannstatt, Frommann-Holzboog, 1962-2012. Utilizo la sigla GA para referir a esta edición, indicando el tomo y la página: GA, I, 3, p. 173. Cito esta obra según la siguiente traducción al español: J.G. Fichte, *Reivindicación de la libertad de pensamiento a los príncipes de Europa que hasta ahora la oprimieron*, en M.J. Solé, *¿Qué es ilustración? El debate en Alemania a finales del siglo XVIII*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2018, p. 338.

⁵ *Ibidem*.

⁶ GA, I, 1, p. 174, tr. es. cit., p. 338.

A partir de este planteo, es claro que el derecho a pensar libremente pertenece a la categoría de *inalienables*. “El ejercicio de la libertad en el pensar es, al igual que su ejercicio en el querer, una parte íntimamente constitutiva de su personalidad, es la condición necesaria bajo la cual únicamente él puede decir: yo soy, soy un ser autónomo”,⁷ afirma Fichte, anticipando lo que, poco tiempo después, se transformará en el principio fundamental de su filosofía.⁸ Pensar libremente es lo que distingue al entendimiento humano del animal, cuyas representaciones siguen siempre el orden de su encadenamiento mecánico sin ser capaz de imprimir a la serie de ideas una dirección determinada. Además, el perfeccionamiento del pensamiento teórico es, según Fichte, inseparable del perfeccionamiento moral. Someteros a la ley de la verdad, amar libre y desinteresadamente la verdad teórica es “la preparación más fecunda” para la sumisión a la ley práctica del deber. Nadie puede renunciar a su derecho a pensar libremente, a investigar libremente la verdad, sin renunciar también a la moral y a todo aquello que lo hace humano.

Así pues, es imposible que un contrato social suponga o exija la transferencia de este derecho, porque es inalienable. Nadie puede voluntariamente renunciar a pensar. Pero tampoco es posible que alguien se comprometa voluntariamente a *limitar* su pensamiento, a investigar hasta determinado punto. Pues cuando llega a ese límite, dice Fichte, “la esencia de su razón, que aspira a lo ilimitado”⁹ lo incita a avanzar más allá.

Ahora bien, como se sabe, Fichte demuestra que también es inalienable el derecho a expresarse libremente – y en este sentido la defensa de la ilustración fichteana es radical y sumamente original. Además, es este derecho inalienable a comunicarse libremente, el que se conecta con la noción de educación/formación y, por lo tanto, con la ilustración.

Fichte compara la comunicación entre seres libres con *dar y recibir alimento y fuego*: “¿No tengo derecho a compartir mi pan con los otros, a permitirles que se calienten con mi estufa, que enciendan su llama con la mía? Si el otro no quiere mi pan, que no extienda su mano para recibirlo; si no quiere mi calor, que se aleje de mi fuego”.¹⁰ Al igual que con el pan y la lumbre, lo mismo sucede con las ideas. Comunicar, expresar pensamientos, envuelve, en realidad, dos acciones diferentes: la de expresar las propias ideas (*dar*) y la de tomar esas ideas que otro comunica (*recibir*). No se trata de una relación entre un lado activo y otro pasivo, sino que *ambos* polos de la relación presuponen actividad y, por lo tanto, implican haber tomado una decisión. Así, en la comunicación de ideas, uno habla o escribe, y otro escucha, lee, presta atención, aprehende esas ideas en su propia mente. Es precisamente este segundo aspecto de la comunicación, la acción de recibir, la que se revela como un derecho *inalienable*. Escribe Fichte:

⁷ GA, I, 1, p. 175, tr. es. cit., p. 341.

⁸ Cf. F. Beiser, *Fichte and the French Revolution*, en D. James, G. Zöllner, *The Cambridge Companion to Fichte*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016, p. 48.

⁹ GA, I, 1, p. 183, tr. es. cit., p. 351.

¹⁰ GA, I, 1, p. 176-177, tr. es. cit., p. 342.

El derecho a recibir libremente todo aquello que sea aprovechable para nosotros, es un componente de nuestra personalidad. Pertenece a nuestra destinación aprovechar libremente aquello que está allí a nuestra disposición para nuestra formación (*Bildung*) espiritual y moral. Sin esta condición, la libertad y la moralidad serían un regalo imposible de aprovechar para nosotros.¹¹

No podemos renunciar a nuestra formación, a nuestra educación (*Bildung*), no podemos renegar de todo aquello que nuestro prójimo y nuestro entorno nos ofrece para desarrollar nuestras disposiciones espirituales y morales. En este sentido, constituye nuestra destinación: negarnos nuestra propia formación es negar nuestra humanidad, es transformarnos en animales, en bestias. Ahora bien, ese desarrollo de nuestras habilidades – que en este pasaje es nombrado *Bildung*, o sea, formación o educación– remite al perfeccionamiento de las capacidades humanas, al progreso paulatino hacia la ilustración, que Fichte quiere defender en este escrito, frente a la peligrosidad de las revoluciones. En vez de hacer una revolución, conviene tomar la vía, lenta y laboriosa, pero mucho más segura, de la formación o educación.¹² Y sigue diciendo Fichte:

Una de las fuentes más enriquecedoras de nuestra instrucción y formación (*Belehrung und Bildung*) es la comunicación (*Mittheilung*) de un espíritu a otro espíritu. Al derecho a abastecernos de esta fuente no podemos renunciar, sin renunciar a nuestra espiritualidad, a nuestra libertad y personalidad; por lo tanto, no nos es lícito renunciar a él.¹³

El aspecto de la comunicación que la vuelve un derecho inalienable es, por lo tanto, el aspecto de “recibir”. No puedo privarme de la comunicación con otros espíritus libres, porque en ese intercambio reside la posibilidad de mi formación, de mi educación, de mi perfeccionamiento espiritual, de mi ilustración. Y es en virtud de la inalienabilidad de mi derecho a recibir, que se vuelve inalienable el derecho de los demás a exteriorizar sus ideas –ciertamente, sin esta última actividad, la primera es imposible.

La comunicación de ideas entre espíritus es, dice Fichte, la fuente privilegiada de nuestra formación/educación (*Bildung*) e instrucción (*Belehrung*). Sin ella, no hay desarrollo de las capacidades espirituales y morales, no hay ilustración. Al igual que es imposible poner un límite al propio pensamiento, también es imposible limitar la comunicación. Fichte no admite ningún límite en la diseminación de las enseñanzas que cada uno considere apropiadas. Alejándose en este punto de la posición que Kant había expuesto en su artículo de 1784 y poniendo en evidencia la radicalidad de su postura, Fichte afirma que “[c]ada uno tiene un derecho inalienable a recibir sin límite las enseñanzas (*Belehrungen*) impartidas libremente. Si este derecho ha de ser imposible de suprimir, entonces el derecho de los otros a impartir

¹¹ GA, I, 1, p. 177, tr. es. cit., p. 343.

¹² Radrizzani (*Die Wissenschaftslehre und die Aufklärung*, cit., p. 83) señala que en este momento, el concepto de *Aufklärung* es utilizado muchas veces como sinónimo de *Kultur* o de *Bildung*.

¹³ GA, I, 1, p. 177, tr. es. cit., p. 343-344.

tales enseñanzas (*Belehrungen*) ha de ser inalienable.”¹⁴ Poner límites a la comunicación, prohibir la expresión de ciertas ideas o la enseñanza de determinadas doctrinas, son mecanismos de dominación que los príncipes utilizan para asegurarse la obediencia.

En efecto, la *Reivindicación* es una reacción a las medidas represivas tomadas por Federico Guillermo II, un monarca despótico y oscurantista, que había declarado abiertamente la guerra *contra* la ilustración.¹⁵ El famoso Edicto de religión pergeñado por el ministro Woellner y promulgado por el rey en 1788, condenaba a quienes diseminaran en el pueblo los errores de socinianos, deístas, naturalistas y otras sectas *en nombre de la ilustración*, y amenazaba con expulsar y hasta encarcelar a los pastores que se apartasen en sus sermones y enseñanzas de aquello que explícitamente afirmaban la Biblia y los libros simbólicos.¹⁶ Poco después, se había promulgado un Edicto de censura, que establecía que todo lo que se publicara en territorio prusiano debía ser examinado por una comisión especial para corroborar que nada de lo impreso fuese contra los principios fundamentales de la religión, el Estado o el orden moral y civil. A partir de ese momento, la censura se ejerció de un modo cada vez más arbitrario. Se imponían multas y penas a quienes desafiaran sus prohibiciones. Como se sabe, ni siquiera Kant quedó excluido de las amenazas y las presiones por parte del monarca y Woellner.¹⁷

Lejos de la crítica a la época ilustrada que algunos años más tarde desplegará en el contexto de la Polémica del ateísmo y, más claramente, en *Los caracteres de la edad contemporánea*,¹⁸ Fichte se muestra aquí como un decidido defensor de la ilustración. Así,

¹⁴ GA, I, 1, p. 183, tr. es. cit., p. 351-352. – En su famoso artículo de 1784, Kant había argumentado a favor de limitar el uso privado de la razón como un medio para el fomento de la ilustración, de modo que un maestro, un párroco o un profesor universitario veían limitado el uso de su razón en tanto que funcionarios del Estado. El uso público de la razón, en cambio, sí debía gozar de la máxima libertad. Ahora bien, en otro artículo, un poco posterior, de 1786 Kant vuelve sobre la definición de la ilustración y abandona esa dicotomía entre uso público y privado. Allí defiende también el derecho a expresar libremente las propias ideas como un factor esencial de la posibilidad de desarrollar el pensamiento autónomo. Sin embargo, también en ese artículo aparece la necesidad del límite. Kant aconseja a los filósofos ser cautelosos, ya que el exceso en sus expresiones podrían conducir a perder ese derecho, es decir, a un endurecimiento de la censura. Ciertamente, los contextos históricos en los que escriben Kant y Fichte, eran muy diferentes.

¹⁵ Fichte tuvo una primera reacción positiva a los Edictos. A finales de 1791 redacta tres fragmentos que quedan inéditos, en los que expresa ideas de veneración a la corona real y reconoce su derecho a intervenir contra los abusos de la ilustración frente al cristianismo. Cf. F. Oncina Coves, *Estudio Preliminar*, en J.G. Fichte, *Reivindicación de la libertad de pensamiento y otros escritos políticos*, Madrid, Técno, 1986, p. XVIII.

¹⁶ Schwartz reproduce y comenta en detalle el texto del Edicto. Cf. P. Schwartz, *Der erste Kulturkampf in Preußen um Kirche und Schule (1788-1798)*, Berlin, Weidmann, 1925, pp. 99 ss.

¹⁷ Véase el prólogo de Kant a su escrito *El conflicto de las facultades (Der Streit der Fakultäten)*, donde narra el incidente y reproduce una carta firmada por el rey en la que se le solicita que se retracte de las opiniones publicadas en un artículo acerca de la religión dentro de los límites de la razón. En esa misma época, la obra que hizo famoso a Fichte, *Ensayo de una crítica de toda revelación (Versuch einer Kritik aller Offenbarung)*, que también abordaba la misma cuestión, fue censurada en Halle.

¹⁸ En su *Escrito de justificación jurídica contra la acusación de ateísmo (Verantwortungsschrift gegen die Anklage des Atheismus)*, de 1799, donde se defiende de la acusación de ateísmo, Fichte plantea la oposición

advierte a los príncipes acerca de la necesidad de reconocer a sus verdaderos enemigos, pues, dice Fichte:

Quien aconseja a un príncipe que impida el progreso de la ilustración en su pueblo, le está diciendo en la cara: “Tus exigencias son de tal género, que repugnan al sano entendimiento humano, debes oprimirlo; tus principios fundamentales y tu manera de actuar no resisten ninguna luz, no permitas que tu súbdito llegue a esclarecerse, de lo contrario te maldecirá; las fuerzas de tu entendimiento son débiles, no permitas que el pueblo llegue a ser más inteligente, de lo contrario, te superará; las tinieblas y la noche son tu elemento, debes intentar difundirlas a tu alrededor y debes huir del día.”¹⁹

El enemigo de la ilustración oprime el pensamiento, impide el ejercicio de las capacidades espirituales del pueblo, profundiza y propaga la oscuridad. Pero este enemigo de la ilustración es también un enemigo del príncipe, no sólo porque insulta su manera de gobernar, sino *porque la ilustración es una fuerza que no puede ser detenida*. En efecto, si se impide el progreso del espíritu humano, dice Fichte, pueden darse dos casos. O bien el pueblo permanece donde estaba y abandona la pretensión de ver disminuir su miseria y aumentar su felicidad –lo cual es muy raro–. O bien, algo que es mucho más probable, “la corriente refrenada de la naturaleza atraviesa y destruye violentamente todo lo que se encuentra en su camino, la humanidad toma venganza del modo más cruel de sus opresores y las revoluciones se vuelven necesarias”,²⁰ advierte Fichte.

A pesar de su admitida simpatía por la Revolución Francesa, a pesar de estar convencido del derecho del pueblo a la revolución, Fichte considera que el mejor camino hacia la ilustración es el del progreso gradual.²¹ Poner obstáculos al progreso de la humanidad, prohibir el libre pensamiento y la libre expresión, es lo que conduce necesariamente a la revolución. En esta misma línea, en su *Contribución para la rectificación del juicio del público acerca de la Revolución francesa (Beitrag zur Berichtigung der Urteile des Publikums über die französische Revolution)*, publicado también en 1793, Fichte advierte que “para evitar

entre los amigos de la luz y los oscurantistas, pero introduce una tercera posición: “No hay seguramente un solo oscurantista que admita esta denominación y que no se considere también un ilustrado. Según ellos, la Ilustración debe ciertamente existir, sólo que sus adversarios van demasiado lejos. Pero ¿cómo es entonces posible que estos oscurantistas se consideren ilustrados? Únicamente en la medida en que se sitúan de nuevo en un estadio superior con respecto a otros que ahora se convierten, a sus ojos, en oscurantistas” (GA, I, 6, p. 59, tr. es. *Escrito de justificación jurídica*, en J. Rivera de Rosales, Ó. Cubo (eds.), *La polémica sobre el ateísmo. Fichte y su época*, Madrid, Dykinson, 2009, pp. 221-222). Algunos años más tarde, en 1806, en *Los caracteres de la edad contemporánea (Die Grundzüge des gegenwärtigen Zeitalters)*, Fichte expone su visión negativa de la ilustración, directamente vinculada con la depravación moral que él diagnostica a su época. Para referirse a esta ilustración negativa, utiliza el juego de palabras “*Ausklärung*” (GA, I, 8, p. 223, tr. es. *Los caracteres de la edad contemporánea*, Madrid, Biblioteca de Revista de Occidente, 1976, p. 33). Cf. I. Radrizzani, *Die Wissenschaftslehre und die Aufklärung*, cit., pp. 79-93.

¹⁹ GA, I, 1, p. 191, tr. es. cit., p. 362.

²⁰ GA, I, 1, p. 170, tr. es. cit., p. 333.

²¹ Acerca de la posición de Fichte frente a la Revolución francesa, véase I. Radrizzani, *Préface*, en J.G. Fichte, *Lettres et témoignages sur la Révolution française*, Paris, Vrin, 2002.

revoluciones violentas, hay un medio muy seguro; pero es el único: instruir (*unterrichten*) al pueblo a fondo sobre sus derechos y sus deberes”.²²

Pero si los príncipes no deben poner obstáculos a la educación y a la ilustración, no son ellos tampoco los encargados de fomentarlas. Alejándose también en este punto de Kant, quien había visto en Federico II al gran impulsor de la ilustración, Fichte se refiere con ironía a los príncipes como “nobles tutores” y les pide que no sean espíritus malignos para sus súbditos pero que tampoco quieran ser sus dioses. En efecto, su función no es la de promover la felicidad. “Vuestras obligaciones se refieren únicamente a fines terrenales, no a los fines supraterranos de la ilustración”,²³ afirma.

La función de los príncipes es velar por la justicia, garantizar los derechos de sus súbditos. Lo único que pueden hacer para fomentar la ilustración es ofrecer un buen ejemplo, mostrar un interés genuino por la investigación libre de la verdad y atenerse a sus resultados. Como se sabe, poco tiempo después, instalado ya en su cátedra de la Universidad de Jena, Fichte atribuirá al sabio, al docto, la tarea de fomentar la ilustración, promover activamente la formación.

2. El sabio y la sociedad

El destino del ser racional finito, sostiene Fichte en la primera de sus *Lecciones sobre el destino del sabio*, es el perfeccionamiento infinito. Cada ser humano, considerado aisladamente, busca que todas sus aptitudes se desarrollen por igual y que todas sus capacidades sean cultivadas hasta el mayor grado posible de perfección. Pero los seres humanos no están aislados, por el contrario, sostiene Fichte, están destinados a la sociedad, poseen un *impulso social* que “tiende a la interacción, a la influencia recíproca, al *mutuo dar y recibir*”.²⁴

Fichte recurre así a los mismos términos y los mismos conceptos que había utilizado en la *Reivindicación* para caracterizar la educación o formación (*Bildung*) y la *comunicación* entre espíritus libres. De modo que el vínculo entre estos conceptos, desarrollado en la *Reivindicación*, vuelve a hacerse explícito en estas *Lecciones* y, como pretendo mostrar a continuación, se complejiza. En efecto lo que en el escrito de 1793 había aparecido como la esencia de la comunicación entre espíritus libres, aparece ahora bajo la figura del impulso social, que Fichte caracteriza como “el impulso a entablar una relación de acción recíproca con otros seres racionales libres y a interactuar con ellos como tales”.²⁵ Ese impulso abarca dos impulsos diferentes. Primero, el impulso a comunicar (*Mitteilungstrieb*), “el impulso a cultivar en otros aquel aspecto de su personalidad en el que nosotros mismos estamos mejor

²² GA, I, 1, p. 204.

²³ GA, I, 1, p. 187-188, tr. es. cit., p. 357.

²⁴ GA, I, 3, p. 39, tr. es. *Algunas lecciones sobre el destino del sabio*, Madrid, Istmo, 2002, p. 79.

²⁵ GA, I, 3, p. 44, tr. es. cit., p. 91.

cultivados, y, en la medida de lo posible, a equipararlos a nosotros, a lo mejor de nuestro propio yo”. Segundo, el impulso a recibir (*Treib zu empfangen*), que consiste en “dejarnos cultivar por otros en aquel aspecto en el que están mejor formados y nosotros lo estamos peor”.²⁶ El intercambio de ideas como comunicación, que en la *Reivindicación* había aparecido como la fuente principal de la educación/formación, se revela en las *Lecciones* como el impulso originario que vincula a los seres humanos entre sí. Gracias al impulso por comunicar y recibir, encontramos fuera de nosotros seres racionales libres y entramos en comunidad con ellos.

Esa comunicación, ese dar y recibir, es precisamente la vía para aproximarse al fin del hombre en la sociedad. Dado que todos los seres humanos son diferentes, la vocación del hombre en sociedad es la *unificación*, el perfeccionamiento común: “el perfeccionamiento de nosotros mismos por la influencia libremente aceptada de los otros sobre nosotros y el perfeccionamiento de los otros por nuestra correspondiente influencia sobre ellos en cuanto seres libres”.²⁷ Se trata de que todas las aptitudes de cada uno de los seres racionales finitos sean cultivadas por igual, que todos los individuos sean formados uniformemente entre sí gracias a la acción recíproca que caracteriza la sociedad. La libre elección del propio estamento también contribuye a ello, en la medida en que el cultivo de un determinado talento se hace en vistas a emplear esa formación en provecho de la sociedad, ya que es precisamente gracias a la sociedad que cada uno está en condiciones de formarse en la rama de la actividad elegida. Así, la desigualdad entre los estamentos hace surgir una nueva igualdad, permite un avance uniforme de todos los individuos en su progresivo perfeccionamiento.

Como se sabe, la tarea de supervisar el progreso del género humano y promover ese progreso es lo que Fichte considera como el destino del estamento de los sabios. Ahora bien, dado que “el progreso entero del género humano depende directamente del progreso de las ciencias” aquellos que pretendiesen entorpecerlo se transforman en enemigos del progreso. Con fuertes resonancias de la *Reivindicación*, escribe Fichte:

Y ¿qué imagen pública ofrece a su época y a la posteridad la persona capaz de detener el progreso de la humanidad? Con sus acciones, que resuenan más estruendosamente que mil palabras, grita a los aturdidos oídos del mundo presente y futuro: “Al menos mientras yo viva, los hombres que me rodean no llegarán a ser ni más sabios ni mejores; pues en el impetuoso avance de la humanidad, a pesar de toda mi resistencia, sería también yo arrastrado y forzado a avanzar al menos en algún sentido, y a esto le tengo horror. No deseo ser más ilustrado ni más noble. Las tinieblas y la perversidad son mi elemento, y emplearé hasta mis últimas fuerzas para no ser desalojado de él”.²⁸

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ GA, I, 3, p. 40, tr. es. cit., p. 83.

²⁸ GA, I, 3, p. 54, tr. es. cit., p. 115.

Quien impide el desarrollo de la ciencia, quien ponga un límite a la investigación, es un enemigo de la ilustración. Supervisar el progreso del género humano –tarea del sabio– implica primordialmente luchar contra estos defensores de la oscuridad y la ignorancia.

Ahora bien, positivamente, en vistas a promover el perfeccionamiento, el sabio debe despertar en los otros el sentimiento de sus verdaderas necesidades y enseñarles los medios para satisfacerlas, teniendo siempre ante sus ojos no solo el presente sino también el futuro, la dirección en la que ha de seguir el género humano para alcanzar la meta última. Para ello, debe cultivar los talentos sociales: la habilidad de dar (“actuar sobre los otros en cuanto seres libres”) y la habilidad de recibir (“sacar el mejor partido posible de las acciones de los otros sobre nosotros”).²⁹

El sabio debe cuidar que el progreso no se detenga ni retroceda, pero “[n]o puede exigir que la humanidad avance de golpe hasta el punto que resplandece ante sus ojos, ni que se salte un solo paso en su camino”,³⁰ escribe Fichte. El camino que impulsa el sabio es el del perfeccionamiento gradual y paulatino, que en el escrito de 1793 Fichte había presentado como lento, pero seguro, y por eso preferible a una revolución. “En este respecto”, concluye Fichte, “el sabio es el educador (*Erzieher*) de la humanidad”.³¹

3. Fichte como educador

Sin duda, Fichte se consideró a sí mismo como un *educador de la humanidad*, como *Erzieher* y como *Ausbilder*. Algunos años más tarde, en el *Fundamento del Derecho Natural* (*Grundlage des Naturrechts*) publicado en 1796/97, Fichte dirá que las fuentes de la ilustración son las escuelas y las universidades.³² En sus clases, en sus cursos, en sus libros y artículos, Fichte despliega su actividad como educador, y lo hace poniendo en práctica su original concepción de la comunicación, como la había desarrollado ya en la *Reivindicación*, y de las habilidades sociales, presentadas en sus *Lecciones sobre el destino del sabio*.

Como ya señalé, Fichte concibe la comunicación como la acción recíproca entre los seres humanos que implica dos actividades: dar y recibir. Tanto el que expresa sus ideas como el que las aprehende toman la decisión libre de ingresar en ese intercambio. Quien escucha, quien lee, quien asiste a una clase debe *querer* recibir las ideas que el otro ofrece. La prioridad, sin embargo, reside en el segundo polo de la relación. Es el derecho inalienable a recibir libremente todo aquello que sea favorable a la formación, lo que vuelve inalienable el

²⁹ GA, I, 3, p. 41, tr. es. cit., p. 83. Además, debe poseer el conocimiento (filosófico) de las aptitudes y necesidades del ser humano; el conocimiento (filosófico-histórico) acerca los medios para desarrollarlas y satisfacerlas; y el conocimiento (histórico) acerca del nivel de cultura de la sociedad de la que es miembro.

³⁰ GA, I, 3, p. 57, tr. es. cit., p. 119.

³¹ GA, I, 3, p. 57, tr. es. cit., pp. 119-121.

³² Cf. GA, I, 4, p. 134, tr. es. *Fundamento del Derecho Natural*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1994, p. 392.

derecho a ofrecer las propias ideas³³. Las ideas no se imponen. Es imposible obligar a alguien a pensar, a comprender, a buscar la verdad. Esto anularía el sentido mismo de la comunicación, que implica un libre intercambio, y excluye de plano la coacción. La comunicación no puede ser un adoctrinamiento y lo mismo sucede con la educación, con la enseñanza. Anularía, además, el fin perseguido por el sabio, esto es, despertar en los otros el sentido de la verdad.

Fichte explicita más de una vez el desafío al que se enfrenta como profesor o escritor de filosofía: el de transmitir una doctrina sin oprimir el pensamiento propio de sus estudiantes, sus oyentes, sus lectores, dejando siempre el espacio suficiente para que piensen por sí mismos. En el Prefacio a la *Fundamentación de toda la Doctrina de la Ciencia (Versuch einer neuen Darstellung der Wissenschaftslehre)*, Fichte sostiene que es por ese motivo que había decidido no decirlo todo, incluso si esto implicaba también que ciertas ideas permanecieran confusas. La misma idea reaparece en la *Segunda Introducción a la Doctrina de la Ciencia*, donde Fichte sostiene que “la educación (*Erziehung*) ha de resignarse a ser primero más negativa que positiva”; y retomando aquí explícitamente los términos de las *Lecciones sobre el destino del sabio*, aclara: “Sólo acción recíproca con el educando, no acción interventora sobre él”.³⁴

Años más tarde, en 1799, ya inmerso en la polémica del ateísmo e intentando poner en evidencia la injusticia que se comete al prohibir sus textos, escribe Fichte en su *Apelación al público (Apellation an das Publikum)*: “Yo escribo y edito sólo para quienes quieren leer nuestros escritos; no es mi deseo forzar a nadie; y si los particulares mismos, o en nombre de todos ellos, el Gobierno, aseguran que no les gustan mis escritos, a mí eso me da exactamente igual”.³⁵ El objetivo del filósofo como educador no puede ser forzar al lector. Pero tampoco es agradar.

Fichte parece exigir mucho a sus lectores, decimos a veces. Y nos genera incomodidad cuando solicita que cierren el libro a los lectores que no estén dispuestos a buscar la verdad, que no experimenten la urgencia de pensar por sí mismos, que se encuentran adormecidos y ven en la filosofía un medio para otros fines.³⁶ Sin embargo, entendemos que no se trata de un gesto elitista, tampoco del deseo de excluir a los otros de su filosofía. Se trata más bien del riguroso respeto de la prioridad del alumno en el intercambio, ya que únicamente en virtud de su derecho inalienable de perseguir su formación, de educarse, el maestro tiene un derecho inalienable a ofrecer sus enseñanzas.

Fichte se opone de este modo a una larga tradición de la ilustración alemana que vio en la educación y en la ilustración un vínculo asimétrico, cristalizado en una visión paternalista. La

³³ Cf. GA, I, 1, p. 177.

³⁴ GA, I, 4, p. 258, tr. es. *Primera y Segunda Introducción a la Teoría de la Ciencia*, Madrid, Sarpe, 1984, p. 140.

³⁵ GA, I, 5, p. 416, tr. es. *Apelación al público*, en J. Rivera de Rosales, Ó. Cubo (eds.), *Fichte y la polémica del ateísmo*, cit., p. 166.

³⁶ Por ejemplo, en el *Prólogo a la Primera Introducción a la Doctrina de la Ciencia*.

educación no consiste en la transmisión de una verdad poseída por unos pocos e ignorada por muchos. La comunicación es acción recíproca o, en términos de la *Reivindicación*, investigación *en común* de la verdad.³⁷ Así, en el prólogo al *Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia* (*Grundlage der gesamten Wissenschaftslehre*), advierte que con esta exposición “de ningún modo” pretende “cerrar con muros el edificio” sino que invita al público a emprender junto a él “la construcción futura”.³⁸ Apelando a la misma metáfora arquitectónica que en la *Reivindicación*, la DC es para Fichte uno de esos nuevos edificios que se levantan con el esfuerzo colectivo de muchas manos y que esperan poder formar un conjunto armónico con otros.

Se sigue también de esa concepción de la educación, que el error es tan inevitable como necesario para su desarrollo. Retomando aquí uno de los aspectos más originales del pensamiento de Lessing, Fichte sostiene que “es absolutamente imposible comunicar la verdad, si no está también permitido difundir errores”.³⁹ Ciertamente, el que enseña a sabiendas algo errado, el que engaña, es un ser humano despreciable, dice Fichte. Pero el que busca sinceramente la verdad, puede equivocarse y hay que permitir que se equivoque. Prohibir la enseñanza de doctrinas cuya verdad no esté comprobada es contrario a la ilustración, a la formación, a la educación. En este sentido, también en el prefacio del *Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia*, Fichte dice estar convencido de haber encontrado el camino por el cual la filosofía se elevará a una ciencia evidente. Pero admite que podría haber una posibilidad de refutar los principios de su filosofía, que él no hubiese visto y solicita que se lo hagan saber, pues por su parte esto sería “bien recibido, porque por ello se lograría la verdad”.⁴⁰ La verdad es algo que se conquista como resultado del ejercicio de la comunicación, esto es, como el resultado de una investigación que siempre es colectiva, que siempre implica a los otros seres humanos. No es función del sabio transmitir ni enseñar la verdad, sino fomentar en los seres humanos el impulso por buscarla.

4. Conclusiones: educación, ilustración y revolución

Fichte considera la Doctrina de la Ciencia como un instrumento para la educación de la humanidad, para el progresivo despliegue de sus facultades, para la ilustración. Sus estudiantes y lectores son *guiados* por él, que se limita a indicar la dirección que deben tomar sus pensamientos. Pero cada uno debe llevar adelante la tarea de pensar por sí mismo. Cada uno debe decidirse a investigar y buscar la verdad. De este modo, el avance hacia el perfeccionamiento tanto teórico como práctico –del que Fichte habla al comienzo de la *Reivindicación*– queda garantizado.

³⁷ Cf. GA, I, 1, p. 183.

³⁸ GA, I, 2, p. 252, tr. es. *Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia*, Buenos Aires, Aguilar, 2005, p. 8.

³⁹ GA, I, 3, p. 178, tr. es. cit., p. 345.

⁴⁰ GA, I, 2, p. 252, tr. es. cit., p. 9.

La historia de la humanidad, sostiene Fichte en ese escrito, enseña que las constituciones de los pueblos han mejorado y, por lo tanto, es de esperar que continuarán mejorando. Pero la historia enseña que este avance puede darse de dos maneras: o bien mediante revoluciones o bien mediante el progreso paulatino. Mediante la primera alternativa, un pueblo puede avanzar en cincuenta años más de lo que hubiese avanzado en mil, “aunque ese medio siglo”, aclara Fichte, “estará también lleno de miserias y de fatigas”⁴¹. Si la revolución es exitosa, todas esas penurias quedarán justificadas. Pero las revoluciones son riesgosas, pueden hundir a los pueblos en una situación todavía peor, hacerlos retroceder y arrojarlos a la barbarie de siglos anteriores. La segunda alternativa, en cambio, no implica esos peligros. “Es más seguro el progreso paulatino hacia la más grandiosa ilustración y, con ella, al mejoramiento de la constitución”⁴².

La progresiva comunicación de ideas entre espíritus libres, la educación que no consiste más que en guiar a los estudiantes para que piensen por sí mismos, en la medida en que representa un avance paulatino hacia la ilustración, funciona también como el medio para *evitar* una revolución. Sin embargo, contamos con numerosos documentos en los que Fichte presenta su Doctrina de la Ciencia como *revolucionaria*. En una conocida carta, que Fichte envía a Baggesen en 1795, establece un paralelo entre su sistema y la Revolución Francesa.⁴³ Liberarse de las instituciones opresivas del antiguo régimen requirió una revolución, del mismo modo que sólo un acto revolucionario puede deshacerse del despotismo de la cosa en sí. Y es que efectivamente, a la Doctrina de la Ciencia no se puede acceder gradualmente. Para acceder a sus principios, para adoptar el punto de vista de la filosofía trascendental, hay que dar un salto. Dice Fichte en la *Fundamentación*:

No nos elevamos a la razón por una ley de la naturaleza, ni por una consecuencia de una ley de la naturaleza, sino por libertad absoluta; no por un *tránsito* (*Übergang*), sino por un *salto* (*Sprung*). –Por esto, en filosofía se debe partir necesariamente del Yo, porque este no se puede deducir y por eso será eternamente irrealizable la empresa de los materialistas, que quieren explicar las expresiones de la razón a partir de las leyes de la naturaleza.⁴⁴

Y todavía más explícitamente, en la *Apelación al público*, respondiendo por anticipado a cierta clase de críticos, dice Fichte:

⁴¹ GA, I, 3, p. 169, tr. es. cit., p. 332.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ “Mi sistema es el primer sistema de la libertad. Así como aquella nación [Francia], ha roto las cadenas políticas del hombre, también el mío, en la teoría, arranca al hombre de las cadenas de la cosa en sí y de su influjo, que le ataban más o menos en todos los sistemas anteriores, y le otorga fuerza para liberarse también en la praxis por el ánimo sublime que él transmite. Mi sistema nació en los años de lucha de esta nación por la libertad, gracias a una previa lucha interior contra los viejos prejuicios enraizados.” (GA, III, 2, p. 300).

⁴⁴ GA, I, 2, p. 427, tr. es. cit., p. 147.

Y quizá haya un tercer partido [...] que diga que mi error sólo radica en querer eliminar todos esos apoyos demasiado pronto; hay que ir más lentamente, atrayendo primero a los hombres a la legalidad mediante esos medios persuasivos y disuasorios que la superstición proporciona, para después elevarlos a la moralidad; a éstos debo recordarles que lo único que están haciendo es recurrir a los habituales pretextos de que se sirven la debilidad y las medias tintas: ven un error muy peligroso. Pues de la sensibilidad a la eticidad no hay ningún tránsito gradual y continuo, que pase por algo así como por una simple honorabilidad externa; el cambio tiene que producirse mediante un salto, y no ser una simple mejora, sino una total transformación, tiene que ser un renacer.⁴⁵

Estos pasajes –y hay muchos otros– no dejan dudas: al idealismo se llega mediante una revolución interior. Fichte se muestra en este punto como un buen estudiante de Kant, que había llamado a realizar una revolución en *Metafísica* similar a la que Copérnico había realizado en la *Astronomía*. En filosofía, no hay camino que pueda ser recorrido poco a poco y que conduzca de la manera dogmática de comprender el mundo a la manera idealista de pensar. Porque es un abismo lo que separa al dogmatismo del idealismo. La tarea del educador de la humanidad debe limitarse, por lo tanto, a conducir a los hombres hasta el borde de ese abismo, pero no puede hacerlos saltar. Quizás, el progreso lento y paulatino hacia la ilustración de los pueblos, esté impulsado por las revoluciones que cada individuo produce en sí mismo, por el ejercicio de su libertad, gracias al proceso de educación.

5. Bibliografía

Ameriks, K. (ed.), *Cambridge Companion to Idealism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

Beiser, F., *Fichte and the French Revolution*, en D. James, G. Zöller (eds.), *The Cambridge Companion to Fichte*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

De Pascale, C., Fuchs, E., Ivaldo, M., Zöller, G. (Hg.), *Fichte und die Aufklärung*, Hildesheim-Zürich-New York, Olms, 2004.

Duque, F., *Historia de la filosofía moderna. La era crítica*, Madrid, Akal, 1998.

Fichte, J.G., *Gesamtausgabe der Bayerischen Akademie der Wissenschaften*, hg. R. Lauth et al., Stuttgart-Bad Cannstatt, Frommann-Holzboog, 1962-2012. (= GA)

Fichte, J.G., *Reivindicación de la libertad de pensamiento a los príncipes de Europa que hasta ahora la oprimieron*, en M.J. Solé, *¿Qué es ilustración? El debate en Alemania a finales del siglo XVIII*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2018.

Fichte, J.G., *Los caracteres de la edad contemporánea*, tr. es. J. Gaos, Madrid, Revista de Occidente, 1976.

Fichte, J.G., *Algunas lecciones sobre el destino del sabio*, tr. es. F. Oncina Coves, M. Ramos Valera, Madrid, Istmo, 2002.

⁴⁵ GA, I, 5, p. 445, tr. es. cit., p. 188.

Fichte, J.G., *Fundamento del Derecho Natural*, tr. es. J.L. Villacañas Berlanga, F. Oncina Coves, M. Ramos Valera, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1994.

Fichte, J.G., *Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia*, tr. es. J.C. Cruz, Buenos Aires, Aguilar, 2005.

Fichte, J.G., *Lettres et témoignages sur la Révolution française*, tr. fr. I. Radrizzani, Vrin, Paris, 2002.

López-Domínguez, V., *Fichte: acción y libertad*, Ediciones Pedagógicas, Madrid, 1995.

López-Domínguez, V., *Fichte o el Yo encarnado en el mundo intersubjetivo*, Buenos Aires, RAGIF Ediciones-México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2020.

Oncina Coves, F., *Estudio Preliminar*, en J.G. Fichte, *Reivindicación de la libertad de pensamiento y otros escritos políticos*, Madrid, Técnos, 1986.

Oncina Coves, F., Ramos Valera, M., *Introducción. El destino del sabio en el Idealismo ilustrado*, en J.G. Fichte, *Algunas lecciones sobre el destino del sabio*, tr. es. F. Oncina Coves, M. Ramos Valera, Madrid, Istmo, 2002.

Radrizzani, I., *Die Wissenschaftslehre und die Aufklärung*, en C. De Pascale, E. Fuchs, M. Ivaldo, G. Zöller (Hg.), *Fichte und die Aufklärung*, Hildesheim-Zürich-New York, Olms, 2004.

Rivera de Rosales, J., Cubo, Ó., *La polémica sobre el ateísmo. Fichte y su época*, Madrid, Dykinson, 2009.

Schwartz, P., *Der erste Kulturkampf in Preußen um Kirche und Schule (1788-1798)*, Berlin, Weidmann, 1925.

Received: December 31, 2019

Revisions received: February 07, 2020/February 19, 2020

Accepted: March 26, 2020